

grando de los zarzales de la senda áspera, me han hecho pararme á pedir asilo, ni mi mano supo jamás tenderse, trémula é implorante, á pedir limosna. El amor lo ha recogido en las ventas, al borde de las carreteras, comprándolo con los dineros de mi trabajo. Y en horas de divina ilusión, de orgullo, el fruto de un año de trabajo lo di por un minuto de placer y de mentira. He ahí mi vida, toda mi vida. Tejido de tristezas y de regocijos, amalgama de odios y de amorfos, quizá esterilidad, ¡tal vez nada!

Lo más triste es pensar que estas horas de gozo íntimo, estos paseos solitarios por esta Venecia de ensueño, creada por Dioses para morada de poetas y para que cambiasen sus caricias los novios, yo no tengo con quien compartirlos. Yo no tendré nunca el supremo placer de rememorar estas horas felices, y por felices tristes, diciendo junto á unos cabellos canos—pero cuyo oro de juventud se quedó en lo más hondo de mi corazón como dijo un poeta—y ante unos ojos que no supieron nunca más que mirar los míos, esta frase que resume toda una existencia:

—¿Te acuerdas?

Ahora, en estos instantes he comprendido todo el valor sentimental de esta interrogación. Yo no la podré decir nunca. Y al llorar por mí, lloro también por cuántos se ven condenados á vivir solitarios, como esas estrellas de blanca claridad que brillan en el alto cielo las noches claras, azules y serenas, como esta noche de Italia, pero que, careciendo de calor, acaso su luz tiembla de frío y de soledad.

Es posible sean hermanas de las áridas almas muertas.

A distancia, por entre este laberinto de canales sombríos, bajo los puentes donde el agua chapotea con un rumor de canción monótona ó de salmos comprimidos, las góndolas pasan, negras, lúgubres, como ataúdes errantes que condujeron los muertos á través de las lagunas también muertas. Lánguido, triste, como un quejido de alma prisionera, surge el cántico del gondolero que, erguido en la popa de la barca, despabila su modorra al son del agua y al golpe del remo. Otros gritan, pero quedo como si se tratara de voces de conjura, para advertir los peligros de las vueltas y revueltas en estos canales laberínticos.

Al ver pasar estas góndolas, en el silencio de las aguas y en las tinieblas de la noche, fantásticas como la barca de Caronte en la epopeya del Alighieri; estas barcas que no se sabe de donde vienen ni á donde van, que surgen de pronto de la sombra y en la sombra vuelven á perderse, dan ganas de gritar:

—¡Llévame á donde vayas, gondolero! Siempre será para mí lo desconocido. Y ¡así vamos por la vida!

Y las barcas siguen pasando. Nuestra pena, como no grita, nadie la oye. ¡Oh, que hondamente amarga la pena de llorar á solas!

Ahora, sobre el Gran Canal, el silencio se rompe y la oscuridad se alegra. Una, dos, cuatro góndolas han ido apareciendo, allá por el recodo de la Academia. Tienen la fanfarria de una marcha triunfal. Vienen empavesadas con farolillos de colores, y el negro adusto de su casco se ha convertido en estas líneas policrómicas que forman las luces rojas, azules, blancas, fantásticas como un

maravilloso fuego de artificio. Sobre el silencio de las ondas y de la noche, llevando el eco de la alegría que pasa al fondo de estos seculares palacios de mármol con floridos ventanales de encaje, palacios que parece van á sumergirse para siempre suenan las mandolinas una música extraña de gitanerías, romántica y triste, y voces de mujeres entonan canciones que llegan á mí como una resonancia de la eterna canción de la vida. Pasan estas góndolas en fiestas rumorosas, alegres, como una visión de júbilo y ensueño, despertando por doquier un sacudimiento de resurrección.

Cuando estuvieron frente á mí, solitario y de codos sobre la muralla como un suicida que medita y, silenciosa y melancólicamente, se despide de cuanto amarra con el pensamiento, estuve por gritarles con voz angustiada que pide socorro:

—¡Por piedad, romeros del amor y de la alegría! Soy un naufrago que ha ganado con brutales esfuerzos esta dicha. Llévadme con vosotros. Si me dejais, pesan tanto las penas y los ensueños sobre mi espíritu, que acaso aquí mismo dejéis su corazón que se ahoga... que tal vez muera, en esta noche triste, en esta gran noche trágica de su vida.

ANGEL GUERRA

Se las prometen muy felices nuestros colegas locales, paladeando, con bastante anticipación, las emociones de las dos estupendas, monumentales y archidespampnantes corridas que se celebrarán (¿?) en la próxima feria de Agosto.

Belmonte, Gallito y Posada.

Para los entusiastas, como si dijéramos los dos nombres más venerados y un tercero que también tiene muchos devotos.

No queremos ser pesimistas y aun así sospechamos que no los veremos en nuestra plaza.

Salvo las contingencias del torero, inevitables, habrá mil inconvenientes. Entre ellos la subvención que se ha comprometido á dar el Ayuntamiento.

¿De dónde?

El tiempo dirá.

¡QUÉ ANGELITOS!

Algunos señores (¿?) que han recibido todos los números de nuestro periódico, y no han devuelto ninguno á nuestra redacción, salen ahora por tientos, es decir, devolviéndolo, porque *barruntan*—esos señores (¿?) no presagian; barruntan—que se les va á pasar el recibo de un momento á otro.

¡Qué angelitos! Se *achantan* seis ó siete números y luego tirándoselas de honrados nos devuelven el último.

Menos mal, que son pocos por fortuna esos... guadrámicos.

Somos más decentes que ellos y no queremos ponerlos en la picota dando sus nombres al público.

Es demasiado mezquindad para darle importancia. Pero, eso sí, queremos que sepan lo que pensamos de ellos. Porque seguramente los que han devuelto á última hora PERO GRULLO se lo pedirán luego, á un amigo para leer de gorra.

¡So... frescos!

Valdepeñas—Imprenta de Mendoza.